UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

66-69

ENERO-DICIEMBRE

1958

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:
DR. NABOR CARRILLO

Secretario General:
DR. EFRÉN C. DEL POZO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:
DR. FRANCISCO LARROYO

Secretario:
MTRO. JUAN HERNÁNDEZ LUNA

FILOSOFÍA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. A. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

DIRECTOR:

Francisco Larroyo

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ciudad Universitaria
Torre de Humanidades, San Angel, D. F.

Subscripción:
Anual (4 números)

En el país	\$ 15.00
Exterior	Dls. 2.50
Número suelto.	\$ 4.00
Número atrasado	„ 5.00

Sumario

ARTICULOS

Francisco Larroyo.	<i>La influencia de la pedagogía francesa en México .</i>	13
Alfonso Reyes.	<i>Las supervivencias en la religión griega</i>	25
Rafael Moreno.	<i>El humanismo pedagógico y moral de Alfonso Reyes.</i>	37
Dr. Ricardo Guerra	<i>Ramos y sus discípulos. .</i>	49
Santiago Vidal Muñoz	<i>La responsabilidad del filósofo en el mundo actual.</i>	59
Leopoldo Zea.	<i>El positivismo en Iberoamérica</i>	67
Robert S. Hartman	<i>Aspectos éticos de los satélites</i>	75
Emilio Uranga.	<i>El proceso del Ser (Feuerbach contra Hegel) . .</i>	91
G. de la Lama de González.	<i>El pensamiento de Guadapada.</i>	101
Francisco Monterde	<i>El presentimiento de los viajes interplanetarios en la literatura universal . .</i>	109

Amancio Bolaño e Isla	<i>Los problemas lingüísticos derivados de los satélites artificiales</i>	119
Fryda Schultz de Montovani. . .	<i>Amor y tragedia de Larra.</i>	127
José Almoina '	<i>Los testamentos de Erasmo.</i>	135
Joaquín Antonio Peñaloza . . .	<i>Aires clásicos del Polifemo de Góngora.</i>	167
Aurelio Espinosa Pólit (S. J.).	<i>De la Eneida (cinco pane- les)</i>	175
Pedro Urbano González de la Calle.	<i>Contribución al estudio de las epístolas atribuidas a Salustio y rotuladas (Ad Caesarem senem de re pu- blica)</i>	197
Paciencia Ontañón de Lope. . .	<i>La despedida en los corridos y en las canciones de Mé- xico</i>	245

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Edmundo Félix Escobar Peña- loza	<i>Pedagogía de la Enseñanza Superior (Francisco La- rroyo)</i>	257
Edmundo Félix Escobar Peña- loza	<i>Didáctica de la Filosofía (J. M. Villalpando N) . . .</i>	260
Luis Recasens Siches.	<i>Instante, querer y realidad (Luis Abad Carretero) .</i>	264

Roberto Caso Bercht.	<i>Estudio acerca de la axiomática del valor</i> (Theodor Lessing).	269
Miguel Bueno.	<i>Historia de la Filosofía Moderna</i> (Francisco Romero)	271
Miguel Bueno.	<i>Diccionario de Filosofía</i> (José Ferrater Mora).	273
Mtro. J. Hernández Luna	<i>Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras.</i>	275

LAS SUPERVIVENCIAS EN LA RELIGIÓN GRIEGA

1. *La religión griega suma los rasgos de varias etapas del espíritu*, ley general de las instituciones fundamentales. En toda religión se perciben los legados automáticos de la religión precedente. Abolida ya la danza ritual, perdura su espectro, y la Catedral de Sevilla hospeda el Baile de los Seises. Hasta la edad clásica, solapados bajo el olimpismo, se deslizan los engendros errantes de la prehistoria. Los cuerpos anacrónicos se diluyen entre nuevos pretextos. En plena época de la Ilustración, por ejemplo, los filósofos atenienses sostienen que los nombres de las cosas son una expresión esencial de su naturaleza, y no convenciones y hábitos humanos: resabio evidente del pensar mágico.

No nos extrañe, pues, si en las imaginaciones míticas, que no están sujetas al freno racional, encontramos cosas sólo comprensibles por referencia a la tradición subyacente, pero en modo alguno dentro del cuadro mental del olimpismo.

Por lo que a los ritos respecta, se diría que el hombre fabricó un aparato de actos y fórmulas, y luego lo fue aplicando tal cual era o modificándolo con una lentitud temerosa en las sucesivas etapas de su pensamiento. La historia de las religiones, dice Frazer, se reduce a un largo esfuerzo para dar explicaciones nuevas a los usos antiguos.

2. *Hay supervivencias notorias en los grandes cultos: Fiestas Antesterias, Dipolias. Tesmoforias, acaso las Eleusinas, las Elafebolias, Dedalas y Dionisiacas.*

Las Antesterias fueron incorporadas oficialmente al culto ateniense de Dióniso. Uno de sus elementos peculiares era el destapar y tapan las cántaras de vino: exorcismo tradicional contra los difuntos maléficos.

En las Dipolias atenienses era de rigor la *bouphonia* o matanza del toro, a la cual seguían la condenación del cuchillo empleado para degollarlo y la simulada resurrección de la víctima, rasgos de primitivismo todos ellos.

Las Tesmoforias eran unas fiestas sacras exclusivas para las mujeres. Se celebraban anualmente por toda Grecia y de Cirene a Sicilia, aunque no en iguales fechas. Nominalmente se consagraban a Deméter y a Kora, pero las diosas por ninguna parte aparecen. El rito de la vegetación se mueve por sí solo. Como otros actos al aire libre, éste ni siquiera necesita la presencia de sacerdotes. Su elemento principal era la matanza del lechoncillo. Los restos se escondían en pozos o *mégara* para servir como abono al siguiente año. Aquí no hay ofrendas a las diosas, sino trato directo entre las mujeres y la tierra.

En Eleusis y en otros centros religiosos perduran los sortilegios de la fertilidad, sutilmente asociados a la creencia de ultratumba y a la posible comunión con los dioses.

La gente, en las Elafebolia de Yámpolis y de Lafria —derivadas éstas de Calidón—, y en las Dedalas del Citerón y el Eta, encendía fogatas como nuestra Hoguera de San Juan. Ahora bien: la ecuación entre fuego y vida es tan universal como añeja, y ni siquiera ha tomado en cuenta a Prometeo que, junto a esto, parece una invención reciente.

¿Y hay erupción más manifiesta del primitivismo represo que los ritos dionisiacos, inspirados aún en el despertar pavoroso de la conciencia? La orgía, el vino y la sangre los anuncian al mundo, y más tarde, en las Dionisiacas Cívicas como en las Rurales, las procesiones fálicas y los rasgos obscenos arrastran todavía el duermevela de la pesadilla original.

3. *Algunas costumbres rituales respiran vejez y se enredan con supersticiones muy añejas.* El culto de los antepasados no sólo se practica en la ofrenda fúnebre —costumbre que aún perdura en mil pueblos y, desde luego, entre nosotros—, sino que se halla en variadas supervivencias, y lo mismo abarca la adoración de los héroes, la de los padres, los exorcismos y la propiciación de espectros.

La Expulsión del Hambre, en Queronea, que aún se celebraba anualmente bajo el arcontado de Plutarco —siglo I de nuestra Era—, consistía en echar de la ciudad a una esclava, vapuleándola con una rama de *agnus castus* para comunicarle con ella las virtudes vitales. La esclava es un *phármakos*, paga por todos como aquel chivo expiatorio de los antiguos hebreos que se abandonaba en los páramos. No hay aquí religión ni dios, sino magia descarada y reacia. La vetustez de la costumbre no necesita comentario.

Tampoco lo exige la evocación de la lluvia —hechicerías en el pozo de Hagnos (Monte Licayeto o Liceo), y en Halos (Monte Pelión)—, aunque se ocultara ya su antiguo sentido con invocaciones en el nombre de Zeus. Los carros de ánforas en el cuño de las monedas de Cranon son una última pisada de la magia pluvial.

El sacrificio de Ifigenia y los pases de los domadores de vientos, en Corinto y otros lugares, son otros tantos conjuros de la magia climática, a que Grecia dio cierto desvío, pues siempre fue reacia a la "profesión del mago".

A los despojos animales se atribuía virtud íntima. En lo alto del Pelión, los mancebos pedían la lluvia al Zeus Acreo, revestidos con pieles nuevas de cabra. Estas pieles eran defensas milagrosas contra el pedrisco y la centella. El discutido rito de "la lana de Zeus" —Dios *Koódon*—, asociado a la facultad "maimáctica" o estruendosa del dios, tal vez engendró el mito del Vello de Oro, que siempre ronda el Monte Lafistio. El poder de los Pelópidas depende de la posesión del cordero áureo que Tiestes robó a su hermano Atreo, así como sedujo a su esposa. Empédocles se inspiró en muy viejas tradiciones cuando, para defender del viento a su ciudad nativa de Acragas, mandó colgar por las laderas cercanas unas cortinas de cuero y asno.

Las procesiones comenzaron por tener valor de hechicerías. En Metana, cuando el soplo del sudeste derribaba las viñas, se partía en dos un gallo; dos oficiantes paseaban sendas mitades por los contornos del sembrado, marchando siempre en sentido inverso. En el sitio donde volvían a encontrarse, se enterraban los despojos del ave: visible aplicación del círculo mágico, que los labradores trazaban para defender de plagas sus parcelas. Otras veces, se hacía trotar en redondo a una mujer en luna.

La práctica punitiva del dios es clara herencia de la prehistoria. Cuando la deidad defraudaba las esperanzas de los fieles, se la castigaba como a un amuleto. Consta por las *Talistas* de Teócrito que los campesinos de Arcadia azotaban la efigie de Pan en cuanto escaseaban las subsistencias. El azote se hacía con haces de cebolla albarrana —planta fertilizante—, y se encargaba de la ceremonia a los niños, rasgo típico de la magia. ¿A quién puede sorprender tal costumbre, cuando todavía hay gente que pone al santo de cabeza? Frazer ha recogido ejemplos en Japón, China, Cantón, Siam, la Sicilia de nuestros días, y llama graciosamente a estas prácticas: "tomar el reino de los cielos por la tremenda".

4. *Las supervivencias se aprecian igualmente en las incorporaciones de las deidades.* Además de las "incorporaciones", encontramos en el culto, en las artes y en las letras de Grecia y Roma, ciertas "personificaciones" de ideas abstractas que no llegan a adquirir cuerpo y que se desvanecen constantemente hacia la retórica y las figuras de dicción. Así cuando escribimos "Justicia" con una mayúscula, por "apoteosis gramatical", como dice Bouché-Leclercq. La personificación queda comprendida entre dos extremos: la *Tyche* —Fortuna o Azar— estuvo a punto de ser diosa; la Fama, en Virgilio, no pasa de

símbolo poético. Dejemos a un lado estas sombras. Tampoco ha llegado el momento de referirnos a las personalizaciones que ganaron cauda mitológica: el Tiempo, las Horas o Estacionés, el Alba, el Día, la Noche, etc. Las incorporaciones auténticas son realmente dioses que habitan en cosas físicas, o son estas cosas mismas hechas deidades.

Procuraremos enumerar algunas supervivencias de dioses incorporados, conforme a un método puramente explicativo, que no corresponde a sistema alguno y sólo busca la claridad de conceptos. Las incorporaciones divinas pueden acontecer en fenómenos y objetos del mundo físico, en seres del orden vegetal o animal, y excepcionalmente, en seres humanos. Los fenómenos del mundo físico en que las deidades se incorporan pueden clasificarse en cuerpos celestes, meteoros, elementos y piedras.

5. *Los cuerpos celestes* hechos dioses pertenecen a cosmogonías remotas, aún no emancipadas racionalmente. No sólo son anteriores a los primeros físicos jonios del siglo VII, sino anteriores a Homero, que pudo pertenecer al siglo VIII. La *Iliada* conserva vestigios de estos cultos bárbaros: En los pactos para suspender la guerra y decidirla mediante un duelo singular, Menelao pide que se apresten los sacrificios para el Zeus verdadero, y para el Sol y la Tierra; y Agamemnon, junto a Zeus y a los Ríos, invoca también al Sol y a la Tierra. Pero claramente se entiende que los cultos olímpicos pertenecen a los aqueos, y los cosmogónicos, a los troyanos: el pacto debe respetar las creencias de los dos bandos. Además, el Sol es buen testigo, porque "lo ve y lo oye todo". En la mitología, hace el chismoso.

Ya hemos dicho que la Diosa Tierra, acaso heredada del Asia Menor por la cultura egea, pasó a Grecia confundida con la Ártemis. La "próvida Tierra", en sí misma, es objeto de veneración sin ritos. Los ritos más bien se dirigen a las deidades que velan por el logro de las cosechas: Deméter, Kora, Ceres. Las personificaciones mitológicas de la Tierra (Rea, Gea), del Cielo (Urano), del Caos original, etc., no alcanzaron culto especial.

Por lo que al Sol respecta, ya da en qué pensar el que la mitología griega, al recogerlo, le asigne su lugar en la familia de los Titanes y lo dé por hijo de Hiperión, raza anterior al orden olímpico. Gradualmente, la poesía tiende a identificar a Helios con Apolo, y ya se sabe que poesía y mitología se fertilizan entre sí. Cualquiera que sea el porvenir reservado al culto solar en las sectas del estoicismo y del mitraísmo o en la institución imperial de Aureliano, este culto arranca de vetusteces naturalistas. Cuando Anaxágoras afirmó que el Sol era una masa candente, y la Luna una masa opaca "no mayor que el Peloponeso", hubo indignación en Atenas. Pero la actitud general de la mente griega respecto a los cuerpos celestes, aunque se los consi-

derara divinos, no era de atención religiosa. Como decía Platón, basta, al paso, saludarlos con reverencia. Aunque él mismo nos asegura que los cuerpos celestes fueron los primeros dioses de los griegos. Rodas, caso único, rendía un culto al Sol, rasgo de su mixtura bárbara.

La Luna, en muy variadas hipóstasis, pasea todavía en su barquilla viejos misticismos matriarcales, relacionados con la perpetuación de la especie, rancios pavores en que perduran los principios femeninos del mundo y el enigma de la sangre periódica. Como la vida, la Luna crece y mengua; también resucita. Todo, en el curso de la Luna, es magia y *tabú*. Quiere ser la esposa o la hija del Sol, es errabunda y muchas veces siniestra. Anda absorbida en las varias facultades de Hera, Io, Ártemis, Hécate; cobra mito en Selene. Pasife la cretense, que tuvo Oráculo en Thalamo, puede ser una de sus formas. El folklore, la brujería y la poesía tienen mucho trato con ella y la vinculan con las energías eróticas. Es propicia en creciente, es mágica en menguante y, cuando es llena, comunica encantamiento amoroso a la piedra selenita. Los tesalios ven hechicería en sus eclipses. La gente alejandrina supone que la Luna es reino de las almas. En sí misma, nunca tuvo culto.

Las constelaciones y los mitos estelares son generalmente de elaboración tardía. El Zodíaco fue importado de Babilonia hacia el siglo VI, y el verdadero auge de la mitología estelar más bien se debe ya al interés de los alejandrinos por la astronomía. Tal vez el de Andrómeda —que arrastra consigo a Perseo, Cefeo y Casiopea— sea el único mito prehistórico de este orden, si, como se supone, viene desde Creta y Filistia. Y Orión, ya familiar a Homero, difícilmente podría separarse de su mito. El tema se relaciona con la metamorfosis y recuerda el caso de los Dióscuros o Jóvenes Dioses también convertidos en estrellas. Hubo dos mitos puramente estelares en la literatura de la edad clásica: Héspero y Heósforo —luceros de la tarde y de la mañana—, resueltos en un solo astro por Parménides o por Pitágoras.

6. *Los meteoros* pueden comenzar por las nubes que, consideradas algún tiempo como cuerpos celestes, ocupan lugar después de las estrellas. Queda el vago rastro de Nephélee, amada por Ixión, de que nacieron los Centauros. Y queda la vaga sospecha de que esa Diosa-Nube haya podido ser la propia Hera, aunque Zeus haya querido engañar con una Nube-Hera el apetito sacrílego de Ixión. Hay rumores de que Helena —amén de sus asociaciones lunares— fue también una nube, como las divinizadas por las sagas del Norte. Lo cual se relaciona con la versión de que Helena nunca estuvo en Troya, sino solamente su sombra, fábula ya tardía. Al igual de sus her-

manos los Dióscuros —ellos de buen agüero, ella de mal agüero—, Helena suele aparecer en el fuego de Santelmo.

Zeus, para quien el trueno y el rayo son atributos, bien pudo andar en ellos antes de su configuración personal. Cuando, por protervo consejo de Hera, Semele pidió al dios que se le presentara en su verdadera apariencia, Zeus apareció en forma de rayo y la fulminó.

7. *Los elementos* comienzan por el menos palpable. El odre en que el Éolo de la *Odisea* ha encerrado a los vientos procede de un cuento universal. Pero aquí hay la huella inequívoca de un Dios-Viento. La religión olímpica conoce a Tifón o Tifeo, padre de Noto (Viento Sur) y de Céfiro (Viento Oeste), a los que debe añadirse Bóreas (Viento Norte). Los raudos caballos de Aquiles son hijos de Céfiro y de una Arpia. En Hesíodo, Astreo (Hombre-Estrella) y Eos (Aurora) han tenido tres hijos-vientos. Aristófanes, en las *Ranas*, habla del sacrificio a Tifeo. Los atenienses establecieron un culto a Bóreas, que los ayudó a destruir la flota persa. En la Torre de los Vientos (Atenas del siglo I), los vientos adoptan forma humana (es decir: divina). Entre los romanos, se personalizan el septentrional Aquilón ("Águila"), el Austro meridional y Favonio (Céfiro), que es el favorito; y hay un Templo de los Tempestades que data del siglo III. Las Arpías son, entre otras cosas, esos ventarrones traviesos que, como decía Ruskin más o menos, levantan remolinos, se cuelan por las ventanas abiertas y empolvan la mesa del escritor o le arrebatan las cuartillas.

El fuego, que por buenas razones nunca adquirió fisonomía, perdura en Hestia y sus cultos públicos y privados. Esta divinidad hogareña es menos definida que la correspondiente Vesta romana, la cual llegó a poseer templo propio y un colegio de sacerdotisas o Vestales. En la leyenda de Prometeo, el fuego está asociado a los tesoros divinos, ya con Hefesto, ya con Helios (el Sol) o con el mismo Zeus. Entre las novedades de Homero, Hestia se ha desvanecido, pero la conserva Hesíodo el arcaico.

No parece que la lluvia haya sido objeto de incorporación especial. O se la generalizó en la tempestad de Zeus y en las aguas de Posidón, o simplemente se la incluyó en los cultos agrarios. Dioses Fluviales, dispensadores de la fertilidad y los frutos terrestres, tienden por todas las praderas de Grecia sus plateadas barbas de espuma.

La tierra de que está hecha la Tierra, en condición de elemento, nunca fue incorporada. El tema nos llevaría a otro campo, a las teorías de la física natural y de la primera metafísica sobre la sustancia del mundo: lo húmedo, lo etéreo, lo ardiente, lo seco, la materia, el minito, la mente, etc. Los primeros filósofos griegos que se ocuparon de los elementos los llamaban "simientes", dando así a

entender que se referían a ciertas materias primordiales y no siempre ni necesariamente a estas materias de última evolución, perceptibles por los sentidos.

Pero no olvidemos a Iris, hecha de lluvia y luz, arco de colores que va y viene entre cielo y tierra, mensajera de los dioses ante los mortales.

8. *Los Dioses-minerales* han llegado desde muy lejos. El primitivo adoró siempre las piedras, ya brutas, ya ligeramente talladas. Las gemas y las ruinas monumentales demuestran el culto de las piedras en Creta, Micenas y otros pueblos vecinos.

Hay piedras a las que se asigna un mensaje sobrenatural, acaso meteoritos que se han visto caer del cielo, como los tres peñascos de Orcómene que figuran las Gracias, o el Zeus Descendente (Καπόότας) de Gitón. En Fane, se adoran treinta piedras de aspecto cuadrangular bajo sus nombres individuales. En el Feneo arcádico, se jura por las *Petroma* de Démeter-Kora, dos piedras ensambladas. Zeus está en el *Omphalós*, mármol abombado de Delfos. Según la fábula preolímpica, el *Omphalós* es la piedra que Rea hizo tragar engañosamente al "artero Cronos" para evitar que devorase al Niño Zeus como ya había devorado a sus demás hijos. Vomitado por Cronos, este obvio fetiche de la Diosa Terrestre es el Ombligo de la Tierra. Salvo el parecer de Frazer, se supone que aquella Niobe vista por Pausanias en las laderas del Sipilón era una roca con apariencia de mujer. En Tespia, Eros es una piedra bruta. Enlazando la fecundidad con la muerte, los frigios plantaban unas piedras fálicas en las tumbas. Todavía en tiempos de Luciano —siglo II de nuestra Era— los retores de Samosata se burlan de los supersticiosos que oran ante las piedras ungidas de aceite y coronadas.

Entre las piedras talladas descuellan los obeliscos, las pirámides y los pilares. Zeus suele asumir esta forma. La Rea cretense y la Cibele asiática —Reina de los Leones— son pilares con un esbozo femenino. Se asegura que las leonas del Portal de Micenas están adorando al mismo pilar en que se apoyan. El Obelisco de Megara se llamaba Apoyo Carino. La columnilla de piedra que guardaba las puertas en los hogares atenienses era el Apolo *Agyieús*, contrafigura del Apulunas oriental, cuyo nombre ha sido descifrado hace pocos lustros en las inscripciones hetitas. Son objeto de culto las hermas o bustos de Hermes, puestos sobre pilares cuadrangulares y provistos de una prominencia viril.

También los romanos tenían sus dioses Términos, imágenes pétreas que servían para deslindar tierras y ahuyentar ladrones, a las que consagraban un rito anual y cuyo parangón oficial era el Júpiter

Término, piedra venerada en el Capitolio: prueba de que estas nociones proceden del lejano fondo ario.

La apariencia singular o la supuesta virtud curativa de ciertos pedruscos —betillos, fetiches— los hacía suponer divinos y los asociaba con determinadas deidades: el Hércules de Yeto y de los cultos heroicos; la *lapis manalis*, amuleto de lluvias que los pontífices trajeron de la Puerta Capena.

De esta adoración de la piedra —mesa de altar elemental, lápida mortuoria, monolito, pilar más o menos tallado— nacerá la estatua. El drama de Lord Dunsany, *Los dioses de la montaña*, nos muestra cómo pueden brotar los mitos de las piedras antropomórficas. Cuando las piedras dejen de ser dioses, serán todavía lugares sacros.

9. *Los Dioses-vegetales* cuentan entre los más antiguos. Creta y Micenas conocieron la religión del árbol. El plátano de Europa en Gortina, testigo de los amores de Zeus, el encino oracular de Dodona, que hablaba con el rumor del viento, el sauce de Hera en Samnos, el olivo de Delos y los de Atenas, son rastros de divinidades vegetales, aun cuando puedan ser, a la vez, unidades simbólicas de los bosques sacros. El laurel, eficaz contra las contaminaciones de orden espiritual, tiene por patrono al dios Apolo, purificador por excelencia. En Temnos, Afrodita es un mirto verde. A Deméter y a Ceres incumben los granos y cereales —don de aquélla, pues de ésta no tenemos leyenda—, y la virtud de las diosas late en las semillas. Triptólemo es el viajante agrícola de Deméter. Dióniso transfigura en vino su preciosa sangre, y en Tebas, es un tronco apenas revestido de un manto, y más tarde reforzado con tal o cual moldura de bronce. Artemis Ilitia, la comadrona, infunde a la yerba artemisia su don medicinal, provechoso a las parturientas. Es "Lygodesma" por el sauce, "Caryatis" por el castaño, "Cedreatis" por el cedro. La misteriosa Britomartis se asocia al pino y al lentisco en las guirnaldas de sus festines. Pluto el rico ha sido alguna vez un Dios-Árbol, medio plantado en tierra. Esparta adoró a los Dióscuros bajo la apariencia de un par de vigas. El culto de Pan está hecho de rocas, fuentes y árboles. En las Ninfas, el vigor silvestre y la humedad vegetal expresan el anhelo amoroso, y su nombre significa "las Novias". Los héroes Jacinto y Narciso están en las flores de su metamorfosis.

10. *Los vestigios de antiguos animales sagrados son innegables*, acéptense o no los resabios del "totemismo" primitivo, que algunos creen ya superado para los días de la Grecia prehistórica y aun de la dispersión aria, y que otros ven todavía impresos en los nombres y emblemas de las familias más conocidas.

El clan frigio de los Ofiogenas, los nacidos de la serpiente y guardadores de la triaca contra la mordedura; la serpiente emblemá-

tica de los Erecteidas; los Spartoí de Tebas, así llamados por haber nacido de los dientes del dragón, sembrado en tierra y el dragón grabado en la tumba de Epaminondas; las "tripiernas" o avásticas de los Alcmeónidas, familia de Pericles; el caballo de los Pisistrátidas; los cuartos traseros equinos de los Filedas (¿tribu dividida?); los "bucranios" o cabezas de toro de los Butades, no representan cultos actuales de "totemismo", pero, al menos, muestran los hereditarios estigmas de aquella institución prehistórica. Parece averiguado, en efecto, que estos signos no proceden directamente del *totem*. Pero ¿cómo probar que no acarrear su recuerdo inconsciente? La coincidencia ¿puede ser únicamente casual en este caso, cuando corresponde tan cabalmente a la primera distribución de grupos sociales, y cuando todavía, en el tumulto de las creencias griegas, persiste la comunión con el animal consagrado?

Cierto es que, ya en la familia de los Olímpicos, las divinidades siquiera parcialmente zoológicas o "teriomórficas", al tipo del Buey Apis, son excepcionales: así la Deméter-Yegua de Figalia (pues la supuesta Hera-Vaca de Micenas, que Schliemann creyó haber descubierto, está desechada). Abundan los epítetos o calificaciones sacras de referencias animales, pero pueden ser simples metáforas: la Atenea Ojos-de-Buho o *Glaucópis*, la Hera Ojos-de-Novilla o *Boópis*, calificativo ya generalizado en Homero para todas las mujeres de grandes ojos.

El animal es con frecuencia atributo o acompañante del dios: el águila de Zeus, la vaca de Hera (pues el pavo real, como el gallo de Hermes, son invenciones muy tardías), el buho de Atenea, las serpientes en el caduceo de Hermes, el León-Diónyso y el Toro-Diónyso, y hasta las singulares tortugas de Pan en Monte Partenio. Apolo, dios de la poesía entre otras facultades, se identifica con el cisne que canta para morir según la fábula —tal vez el silbón, único que no grazna con aspereza—; y si Horacio anhela ser un cisne, se entiende que ambiciona ser reconocido como poeta verdadero. Apolo también se acompaña del cuervo y del delfín. La paloma pertenece a Afrodita, acaso por ser el ave de las Diosas Madres asiáticas, Atargatis, Istar y otras. Junto a estas divinidades, vuelan a veces los gorriones, aves libidinosas, según consta por la poetisa Safo. Ya las epifanías minoicas solían asumir forma volátil. En Italia, los gansos se consagran a Juno, la Hera latina, y el lobo y el pájaro carpintero son criaturas de Marte.

Aquí no hay más que residuos y ecos. Los dioses en nada participan ya de la naturaleza animal. Los Olímpicos no son siquiera híbridos, y ni para volar han necesitado de alas. De un salto se trasladan a donde quieren, ellos y su mensajera Iris y los corceles de sus carros. En las artes figurativas, la influencia asiática acabará por prenderles

alas: así esas imágenes que se llaman "persas". Hermes, a lo sumo, usa unas sandalias voladoras a modo de refuerzo, por lo mismo que suele recibir comisiones fatigosas y buscar por mares muy lejanas a las seductoras que se atraviesan en el regreso de Odiseo. Entiéndase que las sandalias de Hermes son voladoras, no precisamente aladas, aunque la plástica haya tenido que interpretarlas así, a modo de jeroglifo para decir "veloces".

Las divinidades menores se animalizan más fácilmente. Hasta ellas no llegó en plenitud la redención antropomórfica que bañó a los Olímpicos. Los ríos son toros. Aganipe y otras fuentes poseen naturaleza equina. Los reptiles o anguiformes parecen adecuados a los dioses y a los héroes terrícolas: Erecteo, Asclepio, en cuyos templos hay serpientes. Ya en esta segunda categoría, o categoría de los héroes, la familia híbrida es numerosa. Las Sirenas, en un principio, eran aves infernales aunque de rostro femenino, como también lo son las Arpías, y luego se han vuelto mujeres-peces, hembras morfológicas de los Tritones. Los Sátiros son hombres cabríos y también medio-caballos; los Centauros, invariablemente, hombres equinos.

Hay también algunos animales tocados de virtud divina. Los caballos de Aquiles, criaturas sobrenaturales de los vientos, son de esencia mezclada: por gracia de Hera, Janto adquiere voz humana en instante para vaticinar la muerte de su amo. De igual esencia participan todos los animales que han sido presentes de los dioses; los caballos que Zeus obsequió a Tros a cambio del rapto de Ganimedes; los que dieron la victoria a Pélope y a Abas. Y con mayor razón, aquellos que han sido engendrados por los dioses mismos: Skyfios, brote de la simiente de Posidón o del golpe de su tridente, el primer caballo conocido. También Posidón, para dar a Minos una prenda, ha hecho nacer un toro del mar. Él mismo, transformado en garañón, persigue a Deméter —que, en Arcadia, huía disfrazada de yegua entre las manadas de Ongkios—, y engendra en ella el caballo maravilloso Arión, y a una hija cuyo nombre no nos es dable revelar, porque solamente lo conocen los iniciados. Mucho más familiar en las literaturas es Pegaso, el caballo volador de Belerofonte. Este Pegaso era hijo de Posidón y la Medusa.

11. *Las metamorfosis lo mismo acontecen entre dioses o entre personajes menores.* Pero las metamorfosis de los dioses son transitorias; las de los personajes menores son definitivas, salvo para dos semidioses que se mudan a voluntad como los "genios" del cuento árabe: Nereo, el Viejo del Mar, padre de las Nereidas, vidente benévolo e incapaz de embuste, y el embustero y disimulador Proteo, espíritus ambos de la metamorfosis, de la onda que rueda. La cual, por lo visto, no siempre es "pérfida", puesto que no lo es Nereo.

Homero nos habla de la facilidad con que Atenea y Apolo se transforman en buitres para presenciar el combate desde la encina troyana, y nos cuenta cómo Atenca, hecha golondrina, ayuda a Odisseo en la matanza de los Pretendientes. Zeus fue un instante toro para Europa, cuclillo para Hera, cisne para Leda, lluvia de oro para Dánae. Ya hemos visto a Posidón-Caballo corriendo detrás de Deméter-Yegua por los llanos de Arcadia.

Estas metamorfosis fugaces bien pueden significar una recaída de los dioses en la forma prehistórica de su infancia, su más cómodo simulacro. Un intérprete exacerbado llega a decir que los dioses parecen preferir la forma animal para sus asuetos galantes por la tierra, por significar ello un retorno a la fuente de su vigor. No nos atrevemos a recomendar abiertamente esta hipótesis.

Las metamorfosis de los simples personajes míticos son innumerables, y las ha divulgado Ovidio en sus poemas. ¿Quién no sabe de Dafne-Laurel? ¿De los árboles Silemón y Baucis? ¿De Tereo, Procne y Filomela, la abudilla, el vencejo y el tejedor? ¿De lo convertida en vaca? Crímenes, amores o celos, la pasión es siempre el origen de estas metamorfosis. Con estas mudanzas muere la fábula y no vemos a saber de ella. Salvo en el caso de Io, que sigue peregrinando, en Esquilo, para darnos otra muestra más de los errores olímpicos junto al caso de Prometeo. Góngora pone fin a su *Polifemo* cuando Acis, aplastado por el peñasco y sueltas las linfas de sus venas,

a Doris llega que, con llanto pío,
yerno lo saludó, lo aclamó río.

Es de notar que las metamorfosis heroicas raras veces se refieren a animales de especie superior, como los mamíferos. Acaso éstos quedan reservados a las diversiones pasajeras de un dios. Las aves son muy socorridas. Boio, antigua sacerdotisa de Delfos, consagró al tema una obra perdida: *Ornithogonía*.

Merece señalarse una curiosa transformación temática, y es la adopción de disfraces animales en ciertos cultos: oseznas de la Ártemis Brauronia, mancebos-potros en algún rito dionisiaco; probables inspiraciones del coro zoológico en Aristófanes: aves, ranas, avispas.¹

12. *Dos incorporaciones excepcionales* ofrecen especial interés, los Dioses-Instrumentos y los Dioses-Hombres. Respecto a los primeros, la supervivencia es manifiesta. Los segundos nos llevan a cuestiones más trascendentes y requerirán otro capítulo aparte.

¹ Recuérdese la *Apoloquinosis*, atribuida a Séneca el filósofo: singular metamorfosis del emperador Claudio en calabaza.

Los instrumentos culturales o relacionados con las creencias —objetos de humana hechura— algún día fueron divinizados. Son símbolos de *investidura* o son *talismanes*, y en sí mismos los adoraba: el cetro de Atrio, cuya trasmisión Homero evoca con reverencia; el cetro de Cadmo —ambos documentados en Pausanias—; la lanza de Ceneo; la doble hacha, “*bipena*” o *labrys* sacrificial de Zeus, emblema del rayo.² En Lidia, esta hacha es talismán real, arrebatado por Hércules a la reina de las Amazonas, obsequiado por éste a Onfale, y de ella transmitido siempre a sus herederas femeninas. Los trípodes, atributos de la adivinación, aseguran el mando y son objeto de rivalidades, disputas y cesiones. Los Eteobutades de Atenas se comunican entre sí el sacerdocio mediante la entrega de un tridente sagrado. Linceo, yerno de Dánao, para que su hijo Abas pueda heredar el trono de Argos, tiene que poner en sus manos el escudo que Dánao había dedicado al templo de Hera.

Estos valiosos objetos suelen llamarse *agálmata*, pero tal palabra designa también las ofrendas en general, las imágenes y los animales consagrados al sacrificio.

13. *Las deidades no se explican totalmente por las supervivencias*, ni en su génesis ni en su significado religioso. Quede esto bien claro. De las numerosas teorías propuestas sobre la formación de los dioses griegos, no preferimos ninguna, y nos parece mucho más cuerdo disponer de todas, de cada una según el caso, pues cada una encierra una parte de la verdad.

Mil motivos se entretajan para urdir el manto de un dios: la magia naturalista, el paralogismo, el equívoco verbal, el sentimiento del misterio y la dependencia, la sola imaginación religiosa, la necesidad antropomórfica, el legado de anteriores creencias, las mezclas y las luchas étnicas, la obra conjunta de las especulaciones filosóficas, las letras y las artes, las vicisitudes políticas, las transformaciones sociales y los desarrollos económicos... Todo dios griego es una síntesis casi imposible de deshacer, un compendio de la jornada humana. Y lo que importa en los dioses es la definitiva orientación que al cabo ha logrado darles la edad clásica. En los lechos de la subconsciencia colectiva, la edad clásica preparó la síntesis superior de todas estas síntesis todavía parciales: progreso del Espíritu que el lenguaje de Hegel ayuda muy bien a expresar.

ALFONSO REYES.

² Nilsson piensa que la doble hacha no es tal símbolo, sino una evocación del arma usada en el sacrificio o un cómodo asunto ornamental.